

La vida como camino

Calibán, junio 2004

Nos remueve la curiosidad al preguntarnos por los motivos que lanzaron a los cristianos del medievo a comenzar el peregrinaje desde cualquier rincón español y europeo hacia el final de la tierra –finis terrae–, cuando semejante viaje era sinónimo de riesgo, enfermedad, privación, soledad, pérdida e, incluso, muerte. Aquel peregrinar a Compostela se convertía, sin ellos saberlo, en metáfora de esta vida en la que caminamos hacia nuestro destino.

Por aquel entonces no había veredas trazadas, ni siquiera mapas fiables de las que hoy configuran cada una de las etapas, ni eran frecuentes los amistosos albergues. Qué empujaba a tantos hombres y mujeres de aquel mundo limitado y cargado de temores abisales, a empuñar el báculo, con la bolsa ligera y sin ninguna protección contra las seguras lluvias, a dar el primer paso. Por delante les aguardaban jornadas de hambre, sol y frío, junto a la esperanza de sumarse al caminar de algún otro peregrino que les librara de ser presa fácil para cualquier emboscada de bandidos, que si en algunas ocasiones se llevaban sólo la bolsa, en otras despojaban al infortunado de las gastadas sandalias e, incluso, de la propio latir. ¿Qué impulso misterioso era el que les animaba?

El motivo del peregrino

Creo no confundirme al dar respuesta: Cristo, y en Cristo, uno de sus primerísimos testigos. Los Evangelios relatan la predilección que sentía Jesús por alguno de sus discípulos, en concreto por Santiago, hijo de Zebedeo y hermano de Juan, amigo escogido para los momentos de intimidad sublime con el maestro, como la transfiguración en el monte Tabor, preludio de la gloria infinita de Jesucristo en el cielo y promesa de lo que aguarda a las almas fieles. Santiago fue, además, el primero de los doce que sufrió la anunciada corona del martirio, y evangelizador en tierra gentil: en Hispania recibió el aliento de la Virgen María para no desfallecer por nuestra cerril incompreensión ante los misterios divinos.

Suficientes motivos eran aquellos para que Compostela, tumba del apóstol, se convirtiera para los pobladores del sudoeste de Europa en lugar de peregrinación y consuelo. Una petición, una promesa, la sanación de una enfermedad, la concesión de un ruego importante, el triunfo en algún negocio, el abatimiento por alguna pena..., justificaban tan osado viaje a través de costas y landas, páramos y colinas, abruptas montañas y remansos. En las encrucijadas coincidían galos y bretones, vascos y astures, castellanos y lejanos béticos. Aunque sus idiomas fueran distintos, les unía la fe común –raíz y hermanamiento para las tribus disgregadas de Europa– y una misma meta: el abrazo al que fuera primigenio testigo del Dios hecho hombre.

El Camino como metáfora

No sabían que al caminar iban modelando una bella metáfora, pues el Camino de Santiago representa, de alguna manera, nuestra vida y su destino. Porque vivir es también peregrinar en un momento y lugar específico de la Historia. Nuestro nacimiento no es producto de la casualidad. Ninguno de los seres humanos que habitamos la tierra somos un número más que se suma al de los millones que configuran el comienzo de este nuevo milenio. Tú y yo, aquel y el de más allá somos únicos e irrepetibles, seamos o no conscientes de ello, dotados de una belleza inconmensurable ante los ojos del hacedor de todas las cosas, así como de libertad para trazar un peregrinar honrado y cuajado de buenos frutos o, por el contrario, lastimoso por el odio y la mentira. De la vereda que escojamos, depende la coronación o no de nuestra meta.

Incluso Cristo, motivo y protagonista, como decíamos, del peregrinar de los caminantes, realizó su propio trayecto. Transcendió, sin embargo, aquel nacimiento en un lugar humilde de Belén, como cada uno de sus pasos por el paisaje mediterráneo de Palestina, hasta

convertirlos en perennes y universales, de tal forma que sus palabras y gestos se adaptan como un guante a la situación de cualquier hombre, sin importar su lugar ni tiempo. Jesús vivió y murió pensando en cada uno de nosotros, en ti y en mí. Según las conclusiones de los grandes teólogos, por cada uno de nosotros –en singular– recorrió aquella larga y misteriosa vereda que le condujo a una pasión de extremados dolores, como oscuro prelude de la resurrección que nos libera de las cadenas de la muerte. La certeza de beneficiarnos de un Salvador que nos contempla con amor de exclusividad, renovaba las fuerzas a los peregrinos cuando el frío y el cansancio, o la falta de orientación en mitad de los bosques, les tentaba a desistir y volver sobre sus pasos hacia el acomodo de su lugar de origen.

Prepararse para las dificultades

Todo camino exige preparación. Aquel que no se mentaliza para superar los repechos, que nunca faltan, no tarda en engañarse con la excusa de que el esfuerzo no ha sido inventado para él. Los peregrinos que abrieron las trochas que hoy conducen a Santiago, planificarían durante meses su aventura, midiendo sus posibilidades frente a la naturaleza enorme de aquellas tierras pobladas de misterio. Por una parte, debían reunir el dinero suficiente para costear el alimento, hospedaje y vestido de aquellas jornadas. Por otra, organizar a su familia y lugar de trabajo para tan larga ausencia –el reto no consistía sólo en llegar a Compostela, sino en regresar sano y salvo–. Con nuestra vida sucede algo parecido, si es que de verdad queremos sacarle el partido que se merece.

En primer lugar, es del todo necesario trazarse una meta. Si para el peregrino ésta era la tumba del apóstol, para nosotros depende de los ideales que alberguemos en el corazón. Muchos resumen la finalidad de sus días en una serie de triunfos pasajeros: el dinero, la fama, el poder... Un amigo en situación de paro duradero, me hacía ver que el éxito profesional sólo cobra su auténtica dimensión cuando tienes asegurado que la familia te quiere y apoya. Porque las medallas pasan, se oxidan. Sin embargo, el amor gratuito permanece y aún aumenta cuando llegan las inevitables cuevas, el terreno pantanoso, la inconsolable sensación de soledad.

No me equivoco al aventurar que, muchos de aquellos viajeros de antaño acudían a Compostela con firme arrepentimiento. Tal vez, hasta ese momento, habían construido con su vida un castillo de vanidad y fácil recompensa. Quizá, una inesperada ruina o la ausencia repentina de un ser querido al que no habían prestado toda la atención que demandaba, les hizo proponerse la peregrinación como la vuelta del hijo pródigo evangélico. Escucho entonces los hipidos reconfortantes de sus lágrimas en los confesonarios de la catedral, donde el apóstol siempre intercede para liberar de las mochilas el fardo del pecado. Y así los caminantes regresan a sus casas con el alma limpia y el ánimo resuelto.

Alcanzar la meta

Más de un peregrino se entretendría en demasía en las posadas y los albergues. No cabe duda que no es fácil, durante los años que la vida nos regale, mantener el rumbo de nuestros propósitos. Por eso, el secreto de todo caminante se resume en comenzar y recomenzar, tantas veces como sea necesario, conscientes de nuestra débil naturaleza pero también de la fuerza de nuestra resolución, así como del objeto que nos guía. La ruta ofrece, por otra parte, innumerables remansos en los que descansar, al igual que la vida, cuya evaluación final siempre es gratificante, a pesar del dolor. El viajero disfruta con los inabarcables paisajes del Norte y el Oeste de la península, distracción para cada jornada. Nuestros días también son así: distintos unos de otros, suficiente cada uno en sí mismo para servir como argumento de una novela apasionante, si somos capaces de elevar lo que a los ojos del mundo no pasar de ser mera rutina.

Dicen que el camino, sobre todo durante sus últimas jornadas, está plagado de misterio. No en vano, transcurre por los montes bajos de Galicia, tierra enraizada en leyendas y brumas, cuyos bosques parecen respirar vida propia. El final de nuestra vida surca también los espacios más intrigantes: por un lado, la limitación temporal de nuestra existencia –todo se alcanza, todo se acaba–. Por otro, nuestra vocación de eternidad, oculta por la cortina de la

incertidumbre, pues nadie ha regresado del más allá. En el Camino de Santiago, son los peregrinos quienes ascienden la escalinata y traspasan el pórtico de la Gloria para abrazar el busto del apóstol y gozarse ante la meta. En nuestra vida, cuando llega el momento final, es Jesús, causa última de todo verdadero peregrinaje, el que nos abraza para surcar junto a nosotros el pórtico de su gloria y mostrarnos, con la felicidad del que lleva mucho tiempo esperando la visita del amigo, los fabulosos secretos que nos deparará la vivienda que nos ha construido.